

FRANCESCO GUICCIARDINI BAJO SOSPECHA

LA CENSURA DE *STORIA D'ITALIA*

-José Abad-

Incluido en el volumen *Entre Renacimiento y Contrarreforma. Censura y difusión de la literatura italiana en España*, Editorial Comares, Granada, 2023, págs. 1-12.

ISBN: 978-84-1369-614-0

Suele decirse con una confianza rayana en la insensatez que el tiempo acaba poniendo las cosas en su sitio, como si algo tan extremadamente antojadizo y volátil como el tiempo gozara de memoria, entendimiento y voluntad y se guiara por un afán justiciero de signo trascendente. Es cierto que algunas figuras otrora denostadas han sido poco a poco rehabilitadas en el panteón de la Historia -pensemos en el caso paradigmático de Nicolás Maquiavelo-, pero esto es fruto del trabajo de una legión de estudiosos que han consagrado no pocos desvelos a levantar el edificio que otros echaron abajo. En realidad, hay que robarle tiempo al tiempo para llevar a cabo dicha labor. Y la cruda verdad es que, si el paso de los años ha jugado a favor de algunos, también ha perjudicado a muchísimos otros, figuras reputadas antaño, hoy cuasi olvidadas, pensemos ahora en Francesco Guicciardini, un gran intelectual del siglo XVI, buen amigo del secretario florentino, que gozó en vida de cuanto este último fue privado - fortuna, fama, honores- y cuya estrella ha ido apagándose de manera harto injusta siglo tras siglo. Nos toca a nosotros, no al tiempo, poner las cosas en su sitio.

EL HOMBRE Y SU OBRA

Francesco Guicciardini vino al mundo el 6 de marzo de 1483 y fue el tercer vástago -de un total de trece hijos- de Piero y Simona Gianfigliuzzi. Pertenecía a una familia poderosa, con una gran presencia en la Florencia de los siglos XV y XVI:

[...] se si vanno a spulciare le cariche che i Guicciardini hanno rivestito nella storia di Firenze, si scopre che furono gonfalonieri di giustizia, senatori e numerose volte priori, legando interamente la loro storia política alla familia dei Medici, senza tuttavia tralasciare di intraprendere affari nei settori bancario e commerciale e consolidando, generazione dopo generazione, una discreta fortuna económica. (Quatela 1991: 20)

De niño, recibió una formación humanista -latín y griego-, si bien terminó decantándose por el Derecho. Empezó los estudios de Leyes en su ciudad, los continuó en Ferrara -a donde fue enviado por el padre con la misión añadida de poner a buen recaudo 2000 ducados de oro que corrían el riesgo de perderse en el clima convulso de Florencia- y por último en Padua. Fue un joven de carácter austero, consagrado a sus estudios, que habría podido hacer suya la pregunta del poeta: ¿fue juventud la mía? Con solo veintidós años, emprendió una exitosa carrera como abogado en Florencia. Más tarde, se casó con Maria Salviati, hija de otra influyente familia de la ciudad, no por amor, sino por interés, como él mismo reconocería. Y en 1508 lo encontramos desempeñando diversos cometidos para la administración del *gonfaloniere a vita* Piero Soderini. De su gran reputación daría prueba un dato objetivo: en 1511, a pesar de no tener la edad prescrita para desempeñar el cargo de embajador, fue enviado en calidad de tal a España, adonde vino de mala gana y en donde dio forma a un primer texto clave: *Discurso de Logroño*. A su regreso a Florencia, en 1514, el paisaje político se había transformado radicalmente: los Medici habían borrado de un plumazo la República de Soderini y volvían a ser los dueños de la ciudad. Este cambió de tercio, que le costó la carrera a Maquiavelo, no tuvo consecuencias para él. Muy al contrario, de ahí a poco, Guicciardini acabó siendo promovido a hombre de confianza de los dos papas mediceos que vería el siglo.

Giovanni de' Medici, que subió al solio pontificio con el nombre de León X, lo nombró gobernador de Módena en 1516, de Reggio al año siguiente, y de Parma en 1521. Guicciardini desempeñó estos cargos con rigor y eficacia parejas, granjeándose fama de hombre firme e incorruptible, unas virtudes tan preciosas como raras en la Italia de entonces. También Giulio de Medici lo quiso a su lado al ser nombrado papa. Este último, que adoptó el nombre de Clemente VII, lo envió a la Romaña a poner orden y sanear la administración, pero lo mandó llamar de vuelta a Roma en un momento especialmente delicado (y a la postre decisivo) de las Guerras de Italia: en febrero de 1525, Francisco I de Francia había caído prisionero del ejército imperial durante la

batalla de Pavía y conducido a Madrid. En la práctica, esto dejaba al emperador Carlos V sin ningún rival en suelo italiano y el fantasma de la «monarquía universal»¹ batió sus alas sobre Europa. Clemente VII -que no quería verse rebajado a “«*cappellano dell'imperatore, come allora si diceva con colorita espressione*” (Pellegrini 2022: 168)- nombró a Guicciardini comisario del ejército pontificio. Con el fin de contrarrestar el poder de Carlos V, nuestro protagonista participó activamente en la forja de una alianza anti imperial: la Liga Santa de Cognac, que unió las fuerzas del papado, Francia, Milán y Venecia. El ardid no dio los frutos deseados, muy al contrario, pues terminó por inclinar la balanza a favor de Carlos V. Hay un hito determinante, revestido por las crónicas con las dimensiones del cataclismo: el 6 de mayo de 1527, los ejércitos imperiales entraron a saco en la ciudad de Roma; una acción militar con una fuerte dimensión religiosa, tal como señala Marco Pellegrini:

La simpatia verso la Riforma, assai diffusa tra le fanterie germaniche [del emperador], era un fattore aggiuntivo che conferiva alla spedizione la valenza di un castigo nei confronti di quella che la propaganda antipapale descriveva come la nuova Babilonia. (2022: 174)

Según algunas voces de la época, el Saco de Roma debería haber sido el primer paso para la supresión del Papado o, al menos, para la eliminación del poder temporal que la curia había ido adquiriendo a lo largo de los siglos, un requisito indispensable para llevar a cabo una urgente renovación de la iglesia católica². El Saco de Roma tuvo consecuencias, por supuesto, pero no de tanto alcance. Sin ir más lejos, provocó la caída de los Medici en Florencia y la restauración del gobierno republicano durante un breve período, después del cual el emperador restituyó la casa Medici para así congraciarse con el papa y restaurar el equilibrio perdido.

¹ La monarquía universal era “una formula destinata a lunga vita nella storia della cultura politica moderna, con la quale si alludeva all’eventualità che un unico reggitore pervenisse ad assumere il controllo di tutta l’Europa, riducendo a una forzata unità un continente che, dal Medioevo in poi, aveva imboccato la strada opposta, quella cioè della parcellizzazione in una miriade di poteri sovrani, tutti in concorrenza tra loro”, Marco Pellegrini, *Le guerre d’Italia (1494-1559)*, Bologna, Il Mulino, 2022, p. 166.

² “All’indomani del Sacco di Roma circolarono voci che davano per imminente la soppressione del papato romano o quanto meno la cancellazione dello Stato della Chiesa, per opera di un imperatore onnipotente sul quale stavano convergendo le attese di rigenerazione spirituale di una parte non piccola della cristianità d’Occidente”, *Ibidem*, p. 178.

Tras la muerte de Clemente VII, y tras ocupar diversos cargos para otros Medici menores, Francesco Guicciardini pasó sus últimos años en un exilio voluntario, dedicado por entero a la redacción de su *Storia d'Italia*, un proyecto en la línea de otros suyos previos: *Le storie fiorentine* o *Le cose fiorentine*, que había acabado abandonando. (Guicciardini fue siempre un hombre de acción antes que un hombre de letras). La *Storia d'Italia*, sin embargo, nació con ambiciones muy superiores; fue, como advertía Felix Gilbert, “l’única opera che Guicciardini compose non per sé, ma per il pubblico” (1970: 231); nuestro autor comprendía perfectamente la dimensión y el alcance de esta empresa -“[il] frutto più maturo e amaro della sua complessiva esperienza politica e intellettuale” (Cutinelli-Rendina 2018: 155)- y se consagró a su redacción “nella speranza che l’opera letteraria gli desse la fama negatagli dalla politica”, añade Gilbert (1970: 231). Parece ser que Guicciardini tenía ya trazado el plan general en 1535; no obstante, la composición propiamente dicha se dio en su mayor parte entre 1537 y 1540. Al margen de este baile de fechas, la verdad es que la *Storia d'Italia* es la obra de toda una vida.

El recorrido histórico inicia allí donde Maquiavelo había dejado sus *Istorie fiorentine*, tras la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492) y la entrada de los ejércitos de Carlos VIII de Francia en territorio italiano (1494), y llega hasta la muerte de Clemente VII (1534). Cuatro décadas turbulentas, marcadas por las llamadas Guerras de Italia, que convirtieron la península transalpina en un tablero de ajedrez en donde midieron sus fuerzas Francia y España. Estas guerras pusieron fin a la independencia de los estados italianos y a su época de mayor esplendor. Según Marco Pellegrini, la reflexión sobre la historia reciente -la historia en marcha, en realidad, pues el conflicto no se cerraría definitivamente hasta veinte años después- debiera entenderse como una especie de “via alla redenzione intellettuale dai mali del presente” (2022: 61); es decir, una forma de expiación intelectual por los errores políticos cometidos. Guicciardini había vivido de cerca muchos de estos hechos, a veces desde la primera línea, y pudo depositar en esta obra “una lunga esperienza delle cose moderne”, que diría Maquiavelo, no así aquella “continua lezione delle antiche” reivindicadas en la dedicatoria de *Il principe*. Maquiavelo y Guicciardini comparten no pocos intereses o pasiones, pero difieren en muchísimos aspectos³, como demostraría la lectura de las *Considerazioni intorno ai*

³ En palabras de Antonio Quatela, eran “l’uno (Machiavelli) plebeo, edonista, estroverso, fiducioso, generoso, idealista, ingenuo e cinico al tempo stesso, capace di forti impeti, dotato di spontaneità e di

Discorsi del Machiavelli sopra la prima deca di Tito Livio, escritas por Guicciardini antes de que esta última fuera dada a la imprenta.

Al igual que Maquiavelo, Guicciardini intenta comprender las fuerzas en liza en este nuevo escenario sociopolítico que se estaba trazando en Europa e intenta asimismo hallar respuestas a una cuestión urgente para Italia: la gobernabilidad, de ahí la redacción de textos en apariencia antitéticos como el *Discurso de Logroño* (1512), en donde reflexionaba sobre las mejoras que habían de introducirse en la República de Piero Soderini, o *Del modo di assicurare lo stato alla casa de' Medici* (1515), un texto en apoyo de estos últimos, tras retomar el poder en Florencia. Al poner sus conocimientos al servicio de la comunidad, al igual que Maquiavelo, Guicciardini adoptaba un enfoque realista y racional típicamente humanista: “Al menos, todo lo realista y racional que podía ser en aquel momento” (Abad 2008: 179). Pero hay diferencias, insistimos. Guicciardini no creía en la posibilidad de deducir unas leyes universales a partir del estudio del pasado tal como proponía Maquiavelo. Para Guicciardini, las circunstancias que concurrían en cualquier acontecimiento eran tantas, tan dispares, que hacían de él un hecho único e irrepetible; así pues, lo que debía elaborarse no era una ley universal, sino una «actitud crítica» que permitiera estudiar cada hecho en su singularidad.

Su gran aportación a la historiografía moderna es el recurso sistemático a una documentación fiable y contrastada; la *Storia d'Italia* se caracteriza por el empeño de hacer una reconstrucción precisa de los hechos y un retrato fidedigno de sus principales protagonistas. La historiografía humanista anterior, en general, se había limitado a seguir los ejemplos de Tito Livio o Salustio; es decir, el historiador de turno partía de una fuente más o menos atendible y narraba los hechos sin alejarse de la línea marcada por ella... y sin separar el grano de la paja, entremezclando los sucesos probados con rumores o leyendas. Guicciardini, en cambio, reconstruye el período 1492-1534 a partir de documentos oficiales, archivos, cartas, diarios y testimonios de primera mano, que somete a un ulterior examen para determinar si son fiables, y descartarlos en caso de no serlo. (En este sentido, es muy revelador el empleo esporádico que hizo de las *Istorie fiorentine* de Maquiavelo, precisamente porque este último daba por buenos simples

felici intuizioni, dall'aspetto asciutto e dal viso minuto e beffardo; l'altro (Guicciardini), aristocratico, casa e famiglia, altero e riservato, scettico, non certo altruista, realista, introverso e con forti venature melanconiche, sempre riflessivo e razionale, dall'aspetto imponente e dal viso largo, pensoso e severo”, vid. Antonio Quatela, *Invito alla lettura di Guicciardini*, Milán, Mursia, 1991, p. 102.

rumores perpetuados a lo largo del tiempo). Algunos juicios de Guicciardini son muy parciales, por descontado, y la historiografía posterior le ha afeado que su *Storia d'Italia* orbitara exclusivamente alrededor de la esfera política -desatendiendo aspectos económicos, sociales o culturales-, pero nadie discute la complejidad del análisis que acometió en esta obra.

En su momento, este enfoque mereció los elogios de importantes intelectuales europeos, como Jean Bodin -quien, en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566), aplaudió esta tenaz búsqueda de una mayor objetividad-, o como Michel de Montaigne, que no ocultó su admiración por el florentino en sus *Ensayos*. Vale la pena citar íntegro el pasaje dedicado a Guicciardini, pues se hace eco de una idea muy útil para nuestro estudio:

[Guicciardini] *Es un historiador diligente y del cual, a mi juicio, puede aprenderse la verdad de los asuntos de su tiempo con más exactitud que de ningún otro; además, él mismo fue actor en la mayor parte de ellos, y en una posición honorable. No es en absoluto verosímil que por odio, favor o vanidad haya disfrazado las cosas. Dan fe de ellos los juicios libres que emite sobre los grandes, y, en particular, sobre aquellos que le promovieron y que le asignaron cargos, como el papa Clemente VII. En cuanto al recurso del que parece querer servirse más, que son las digresiones y los comentarios, los hay buenos y adornados con hermosos rasgos; pero se ha recreado demasiado en ellos. En efecto, por no querer dejarse nada por decir, al disponer de una materia tan rica y amplia, y poco menos que infinita, se vuelve difuso y adquiere ciertas trazas de cháchara escolar. También he observado que, entre tantas almas y acciones como juzga, entre tantos movimientos y planes, jamás remite ni uno solo a la virtud, religión y conciencia, como si estas cualidades se hubiesen extinguido por completo del mundo; y remite la causa de todas las acciones, por mucho que de suyo sean bellas en apariencia, a algún motivo vicioso o a algún beneficio. Es imposible imaginar que, entre el infinito número de acciones que enjuicia, no haya habido ninguna producida por la vía de la razón. Ninguna corrupción puede haberse adueñado de los hombres de manera tan universal que nadie escape al contagio. Esto me lleva a temer que sea un poco defecto de su gusto; y puede haber sucedido que haya valorado a los demás según él mismo.* (Montaigne 2007: 602-603)

POR QUÉ SE CENSURÓ EN ESPAÑA

Francesco Guicciardini murió a consecuencia de una apoplejía en 1540 dejando inconclusa la *Storia d'Italia*. Por este motivo, algunos capítulos conocieron diversas reelaboraciones y otros han llegado hasta nosotros casi tal como fueron escritos en una primera redacción. La obra no vería la luz hasta dos décadas más tarde, en 1561, en una edición parcial -que incluía sólo dieciséis de los veinte libros en que está dividida- y expurgada de sus muchas invectivas antieclesiásticas. La edición de 1564, que comprendía la totalidad de los libros, tampoco se libró del expurgo. La inclusión de la *Storia d'Italia* en el Índice de Parma de 1580 y, con posterioridad, en los Índices españoles de 1632 y 1640, en plena Guerra de los Treinta Años, y en los tres Índices del siglo XVIII (de 1707, 1747 y 1790)⁴, respondía al empeño de ahogar estas críticas y, a la postre, supuso un primer paso para la defenestración del autor. Si en un trabajo anterior sobre la difusión de la obra de Maquiavelo en España señalábamos las limitaciones prácticas que tuvo la Inquisición para llevar a cabo la labor de censura con el rigor que les habría gustado -es decir, lograron dificultar, no impedir la difusión de sus textos-, hoy insistiríamos en las consecuencias perjudiciales a largo plazo. Obviamente, caer en el punto de mira de la Inquisición te empujaba hacia una zona en sombras de la que resultaba muy difícil salir.

¿Por qué se prohibió la *Storia d'Italia* en nuestro país? Podríamos empezar repitiendo cuanto se dijo a propósito del caso de Maquiavelo. En la España de los siglos XVI y XVII, firmemente cimentada en la autoridad de la monarquía y la iglesia católica, no podía verse con buenos ojos que se pusiera en cuestión uno u otro estamento; el trono y el altar debían estar a resguardo de cualquier corriente de pensamiento crítico. Y el ataque a uno se entendía indefectiblemente como un ataque al otro porque, tal como apuntó José Antonio Maravall, “Estado e Iglesia, política y religión, están estrechamente unidos y conjuntamente [se sienten] amenazados” (1997: 163). La *Storia d'Italia* está recorrida por una insistente puesta en entredicho del papel desempeñado por ambas, la Corona de España y la Iglesia católica, en tierras italianas; en consecuencia, su destino no podía ser otro que el Índice. Hoy sabemos que las críticas de la *Storia d'Italia* prolongan otras vertidas en textos tempranos de Guicciardini, pero

⁴ Se prohibió en concreto la edición *La Historia d'Italia. Di nuovo riveduta e corretta per Francesco Guicciardini. Con l'aggiunta de' quattro ultimi libri lasciati indietro dall'autore*, Jacob Stoer, Ginebra, 1621. Vid. Jesús Martínez de Bujanda, *El Índice de libros prohibidos y expurgados de la Inquisición española (1551-1819). Evolución y contenido*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2016, p. 619.

que vieron la luz mucho después, como *Diario del viaggio in Spagna* o *Relazione di Spagna*, escritos a raíz de su embajada en la corte de Fernando el Católico, o en el *Discurso de Logroño*, en donde comparaba Francia y España a dos aves rapaces que se disputan las entrañas de Italia.

Hay infinidad de pasajes que no podían dejar indiferentes a las autoridades políticas y religiosas de entonces. Pasemos a los ejemplos: la obra arranca con la muerte de Lorenzo el Magnífico, en 1492, que es el año del descubrimiento de América. Guicciardini aprovecha para ofrecer una sucinta noticia de las nuevas tierras descubiertas y de los pueblos que las habitan, que “*non sono tormentati né da avarizia né da ambizione*” [que no están atormentados ni por la avaricia ni por la ambición] (Libro VI, cap. 9, pág. 570). Nuestro autor no deja pasar la ocasión de criticar el expolio de metales preciosos acometido por la Corona de España, contribuyendo así a engordar la Leyenda Negra en torno a los desmames cometidos por los conquistadores en el nuevo continente:

Onde allettati gli spagnuoli dalla facilità dell'occuparle [estas tierras] e dalla ricchezza della preda, perché in esse sono state trovate vene abbondantissime d'oro, cominciorno molti di loro come in domicilio proprio ad abitarvi. [...] Ne' quali distendendosi con nuove genti e con nuove navigazioni gli spagnuoli, e ora cavando oro e argento delle vene che sono in molti luoghi e dell'arene dei fiumi, ora comperandone per prezzo e cose vilissime dagli abitatori, ora rubando il già accumulato, n'hanno condotto nelle Spagna infinita quantità. [Allí, los españoles, atraídos por la facilidad de ocupar (estas tierras) y por la riqueza del botín, puesto que en ellas se han hallado yacimientos de oro muy abundantes, decidieron convertirlas en su hogar muchos de ellos. [...] De las cuales, partiendo con nuevas gentes y nuevas embarcaciones, ora extrayendo oro y plata de los yacimientos que existen en muchos lugares y en los lechos de los ríos, ora comprándose a los indígenas a precios irrisorios o a cambio de cosas irrisorias, ora robando el que tenían acumulado, han transportado a España una cantidad infinita de todo ello]. (Libro VI, cap. 9, pág. 570-71)

La imagen resultante es cualquier cosa menos ejemplar, aunque con toda probabilidad para las mentes biempensantes de la época resultase más inquietante la reflexión planteada acto seguido a propósito de algunos aspectos del dogma católico. El pasaje que reproducimos a continuación es admirable por su lucidez. Exhibiendo una vez más esa «actitud crítica» que señalábamos líneas atrás, Guicciardini analiza el

redimensionamiento del mundo que conllevaba un «descubrimiento» de tal magnitud y, aplicando una lógica tan sencilla como devastadora, apunta:

Né solo ha questa navigazione confuso molte cose affermate dagli scrittori delle cose terrene, ma dato, oltre a ciò, qualche ansietà agli interpreti della scrittura sacra, soliti a interpretare che quel versicolo del salmo che contiene che in tutta la terra uscì il suono loro e ne' confini del mondo le parole loro, significasse che la fede di Cristo fusse, per la bocca degli apostoli, penetrata per tutto il mondo: interpretazione aliena della verità, perché non apparendo notizia alcuna di queste terre, né trovandosi segno o reliquia alcuna della nostra fede, è indegno di essere creduto o che la fede di Cristo vi sia stata innanzi a questi tempi o che questa parte sí vasta del mondo sia mai piú stata scoperta o trovata da uomini del nostro emisferio. [Esta expedición no sólo ha confundido muchas cosas sostenidas por los escritores de cosas terrenales, sino que, además, ha generado mucha ansiedad entre los exegetas de las sagradas escrituras, acostumbrados a interpretar que aquel versículo del salmo que afirma que en toda la tierra se oyó su voz y que sus palabras llegaron hasta el último confin del mundo, significaba que la fe en Cristo había llegado a todo el mundo por boca de los apóstoles: una interpretación ajena a la verdad, pues al no tener noticia alguna de la existencia estas tierra ni al hallarse allí señal o reliquia de nuestra fe, es indigno creer que la fe en Cristo haya existido allí antes de hoy o que esta parte tan vasta del mundo haya sido nunca descubierta u hollada por hombres de nuestro hemisferio]. (Libro VI, cap. 9, pág. 572)

Sea como fuere, la obra de Guicciardini se centra principalmente en las Guerras de Italia. Hagamos un poco de memoria: la entrada de Carlos VIII de Francia en la península, en septiembre de 1494, había sido posible solamente a causa de la fragmentación y la rivalidad existente entre los diversos estados italianos; esta entrada había sido inspirada en parte y sostenida por Ludovico el Moro (que quería el apoyo del monarca francés para mantener a Génova sometida) y Ercole d'Este (que necesitaba respaldo para poner freno a la expansión de Venecia tierra adentro). Ambos ignoraban que al hacer así estaban destapando la caja de los truenos. La conquista de Nápoles, en febrero de 1495, no tardó en convertirse en un conflicto internacional: las otras dos grandes monarquías del Occidente europeo, España e Inglaterra, entraron en liza aliándose inicialmente a Venecia, Milán y el Papado bajo la bandera de la Liga Santa. Bien pronto quedó claro que esas guerras en suelo Italiano servirían para decidir el primado de Francia y España, que competían por erigirse en grandes paladines de la

cristiandad. De resultas, el conflicto contribuyó a afianzar las monarquías de ambos países:

L'esperienza delle guerre d'Italia stava insegnando che non tutti gli stati europei disponevano di una struttura capace di sopportare le tensioni derivanti da una politica di espansionismo: per alcuni, come Francia e Spagna, tali tensioni contribuivano al rafforzamento dell'autorità monarchica, mentre per altri, come la Svizzera, esse risultavano corrosive dell'unità interna. (Pellegrini 2022: 142)

Como se ha dicho, cabe entender la *Storia d'Italia* como un cuestionamiento del papel de ambas potencias en la península trasalpina. España y Francia habían actuado en todo momento movidas por el cálculo político y el propio interés; no había mucho de lo que enorgullecerse⁵. Guicciardini expone de manera pormenorizada el desarrollo de los acontecimientos mostrando una declarada animadversión hacia los monarcas franceses y una aparente admiración hacia Carlos V, al que se refiere insistentemente con el apelativo de César. Una vez más, estamos obligados a leer entre líneas. En algunos pasajes, el fulgor de la apología no es suficiente para ocultar esos trazos que oscurecen el retrato del emperador. Esto es especialmente evidente en algún episodio crucial. Por ejemplo, en el libro XVI, Carlos V escucha los argumentos en contra de la liberación de Francisco I de Francia, hecho prisionero en la batalla de Pavía. En primer lugar, Guicciardini da la palabra al gran canciller Mercurio de Gattinara, “*uomo, benché nato di vile condizione nel Piamonte, di molto credito ed esperienza*” [un hombre del Piamonte, si bien de extracción humilde, de mucha reputación y experiencia] (Libro XVI, cap. 14, pág. 1598). Los primeros compases de su intervención no tienen desperdicio; de labios del gran canciller -repito, un hombre “*de mucha reputación y experiencia*”- oímos acusaciones graves contra “*nuestra codicia*”:

Io ho bene sempre dubitato, invittissimo Cesare, che la nostra cupidità, e lo averci proposto noi fini male misurati, non fusse causa che di vittoria tanto preclara e tanto grande noi non riportassimo alla fine né gloria né utilità; [Yo he dudado siempre, César

⁵ Como hemos escrito, la obra de Guicciardini entró en los Índices españoles justamente en los años en que estaba librándose la Guerra de los Treinta años, que enfrentó el mundo católico y el mundo protestante. Las Guerras de Italia tal vez se entendiesen como un eco lejano de esta otra contienda y las críticas a la Corona de entonces quizás se interpretasen como una crítica a la Corona de ahora.

invicto, que nuestra codicia, y el habernos propuesto unos objetivos tan desmesurados, no acabaran provocando que de una victoria tan preclara y grande no obtuviéramos al final ni gloria ni utilidad;] (Libro XVI, cap. 14, pág. 1598)

Mercurio de Gattinara desconfía de las promesas del monarca francés. Sin embargo, a pesar de cuanto él argumenta con bastante buen juicio, Carlos V comete la torpeza de liberar al rey de Francia; lo cual, como se ha visto, le dejará las manos libres para participar en la Liga Santa de Cognac, con consecuencias nefastas. El retrato del emperador está empañado por una serie de apuntes negativos, tales como su inmadurez y falta de experiencia; sus decisiones no pueden sino errar el tiro. Así lo apunta Felix Gilbert:

Carlo V è presentato come un giovane inesperto e sprovvéduto, dominato dai suoi consiglieri. La prima decisione da lui presa in proprio, quella di liberare Francesco I dopo avergli fatto firmare un duro trattato, era stata un errore, ed egli l'aveva adottata in contrasto con i saggi consigli altrui (1970: 241)

Tampoco podían gustar las duras invectivas contra la iglesia que se hallan por doquier. La imagen dada del mundo católico es cualquier cosa excepto edificante. De hecho, en palabras de Vittorio de Caprariis, la *Storia d'Italia* sería esencialmente un “racconto di ambizioni sfrenate e di errori enormi dei principi, di saccheggi e di eccidi, di passioni brutali e di sanguinarie vendette, [che] sembra a prima vista essere soltanto una storia della corruzione e della decadenza” (1993: 127). En el libro IV, Guicciardini hace una puntillosa panorámica sobre la historia de la iglesia de Roma, insistiendo en el poder acumulado por el papado y el progresivo abandono de una misión de carácter espiritual a favor de proyectos puramente terrenales:

[...] i pontefici seguenti hanno senza alcuna controversia signoreggiata ad arbitrio suo quella città. Con questi fondamenti e con questi mezzi esaltati alla potenza terrena, deposta a poco a poco la memoria della salute dell'anime e de' precetti divini, e voltati tutti i pensieri loro alla grandezza mondana, né usando più l'autorità spirituale se non per instrumento e ministero della temporale, cominciarono a parere più tosto principi secolari che pontefici. Cominciarono a essere le cure e i negozi loro non più la santità della vita, non più l'augumento della religione, non più il zelo e la carità verso il prossimo, ma eserciti, ma guerre contro a' cristiani, trattando co' pensieri e con le mani

sanguinose i sacrifici, ma accumulazione di tesoro, nuove leggi nuove arti nuove insidie per racorre da ogni parte denari... [los pontífices sucesivos han dominado la ciudad sin ninguna oposición y a capricho. Con estos principios y estos medios consagrados a la potencia terrenal, depuesto poco a poco el recuerdo de la salud de las almas y los preceptos divinos, y dirigidos todos los pensamientos hacia la grandeza mundana, y no usando ya la autoridad espiritual sino como instrumento y ministerio de la temporal, empezaron a parecerse a príncipes antes que a pontífices. Empezaron a ser objeto de sus preocupaciones y negocio no la santidad de la vida, no el aumento de la fe, no el celo y la caridad hacia el prójimo, sino los ejércitos, las guerras contra otros cristianos, tratando con el pensamiento y las manos manchadas de sangre los sacrificios, la acumulación de tesoros, la propuesta de nuevas artes y nuevas insidias para recaudar dinero de cualquier parte...] (Libro IV, cap. 12, págs. 413-14)

En último término, la Inquisición tampoco podía ver con buenos ojos la «visión del mundo» radicalmente laica que estructura la obra. Según Guicciardini, hay que buscar en este mundo las explicaciones a los hechos de este mundo. No es Dios quien administra las ciudades y las levanta o las hunde. No es Dios quien corona a príncipes o reyes o quien los destrona o descabeza. No es Dios quien lanza unos Estados contra otros, y declara guerras, e ilumina a los ejércitos de los vencedores o confunde a los ejércitos de los vencidos. Si Dios existe está para otras cosas; es responsabilidad del hombre poner orden en las cosas del hombre. En palabras de Vittorio de Caprariis, “la *Storia d’Italia*, quel grande quadro della storia europea di un quarantennio sarà innanzi tutto storia di uomini” (1993: 122)⁶. A pesar de todo ello, el humanismo de Guicciardini no se cimienta en una confianza a ultranza en el ser humano. La *Storia d’Italia* está recorrida por un fortísimo pesimismo -“una sorta de fatalismo storico-esistenziale” (Quatela 1991: 112)- que condiciona sus reflexiones. Para Guicciardini, el ser humano es de naturaleza frágil y sus acciones nunca están determinadas por unos altos valores morales o éticos, o un ambicioso proyecto social o político, sino sencillamente por el interés personal, familiar o político. Recuérdense las observaciones de Montaigne, ya citadas, “*que, entre tantas almas y acciones como juzga, entre tantos movimientos y*

⁶ De Caprariis insiste páginas más adelante: “nella *Storia d’Italia*, per quanto si parli di «ira giusta d’Iddio» e dei fatali strumenti della rovina d’Italia, Dio non c’entra per niente. Il senso del mistero e del trascendente, che qualcuno ha voluto vedere come motivo costante e tacito nella grande opera del Guicciardini, non esiste”, vid. Vittorio de Caprariis, *Francesco Guicciardini. Dalla politica alla storia*, Nápoles, Il Mulino, 1993, p. 126.

planes, [Guicciardini] jamás remite ni uno solo a la virtud, religión y conciencia, como si estas cualidades se hubiesen extinguido por completo del mundo”.

Para Guicciardini, la fragilidad de la naturaleza humana está estrechamente relacionada con la variabilidad de las cosas del mundo: el destino del hombre está en manos de fuerzas imprevisibles, incomprensibles, en las que difícilmente puede deducirse un plan divino. No es la Providencia, sino el Azar quien lanza los dados a la ruleta. Guicciardini, al igual que muchos de sus contemporáneos, desde Ariosto hasta Maquiavelo, observa con desconfianza e impotencia parejas esas pequeñas contingencias, tan decisivas en nuestro día a día, que escapan a la comprensión humana. Quizás nos haya sido dado explicar algunos fenómenos concretos pero, tal como apunta José María González García, “siempre queda un resto de azar que no puede ser sometido a la razón” (Aramayo - Villacañas 1999: 305). En palabras de Félix Gilbert: "Guicciardini sembra negare che la storia abbia qualche significato; l'opera dà l'impressione che la storia sia senza meta né scopo: essa può essere considerata come una variazione sui grandi temi della lotta dell'uomo contro il fato e della miseria della condizione umana" (1970: 254). Esta idea esencial hallará su expresión literaria más rotunda en la famosa sentencia de *Macbeth*, que resume magistralmente el sentir de la época, cuando afirma que la vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y grita durante una hora sobre la escena para después no volver a ser oído, un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y furia, que nada significa.

Así y todo, el ser humano no debe rendirse; su inteligencia sigue siendo su bien más preciado:

Tuttavia la lezione contenuta nella *Storia d'Italia* non é solo quella dell'impotenza umana; non è solo una lezione di disperazione, ma di orgoglio. Anche se l'uomo non può dominare il mondo esterno, egli resta sovrano del proprio regno, il regno dell'intelletto. La ragione dà all'uomo la forza di resistere alla seduzione dei falsi dei, la forza di comprendere -e di mostrare agli altri- la futilità di quasi tutte le sue ambizioni e il vero valore delle cose di questo mondo. (Gilbert, 1970: 254)

En definitiva, lo que la Inquisición combatía con todas las armas a su alcance era esta visión del mundo -racional, laica, descreída, independiente- que erosionaba los cimientos del dogma católico. Podría decirse que la persecución de la herejía era en el fondo una cortina de humo; el objetivo último era borrar del mapa esta «actitud crítica»

-muy bien representada por Francesco Guicciardini o Maquiavelo- que fue una de las grandes conquistas del humanismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Abad, José, *Las cenizas de Maquiavelo*, Granada, Comares, 2008.

Aramayo, Roberto R. - Villacañas, José Luis, (eds.), *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Cutinelli-Rendina, Emanuele, «Francesco Guicciardini», en Ferroni, Giulio (ed.), *Il contributo italiano alla storia del pensiero: Letteratura*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia Italiana, 2018, pp. 154-163.

De Caprariis, Vittorio, *Francesco Guicciardini. Dalla politica alla storia*, Nápoles, Il Mulino, 1993.

Gilbert, Felix, *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero politico e storiografia a Firenze nel Cinquecento*, trad. Franco Salvatorelli, Turín, Einaudi, 1970.

Guicciardini, Francesco, *Ricordi*, Roma, Salerno, 1990.

Guicciardini, Francesco, *Soria d'Italia*, ed. Silvana Seidel Manchi, Turín, Einaudi, 1971.

Maravall, José Antonio *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997.

Martínez de Bujanda, Jesús, *El Índice de libros prohibidos y expurgados de la Inquisición española (1551-1819). Evolución y contenido*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2016.

Montaigne, Michel de, *Los ensayos*, trad. J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007.

Pellegrini, Marco, *Le guerre d'Italia (1494-1559)*, Bolonia, Il Mulino, 2022.

Peña Díaz, Manuel, *Escribir y prohibir. Inquisición y censura en los Siglos de Oro*, Madrid, Cátedra, 2015.

Quatela, Antonio, *Invito alla lettura di Guicciardini*, Milán, Mursia, 1991.